EL JARRÓN AZUL
Por Peter B. Kyne

Mister Alden P. Ricks, mejor conocido por sus empleados como "Cappy Ricks", fue el fundador y el espíritu dirigente de una importante empresa maderera y de vapores. Él ya se había retirado de la dirección activa del negocio, pero en realidad continuaba siendo su principal guía y consejero.

Este señor tenía un problema, ya que a la oficina de Shangai había mandado a un empleado que estaba dando mal resultado.

-Skinner, ¿Tienes un candidato para el puesto? – Preguntó Cappy.

- Siento decirle que no, Mister Ricks. Todos los empleados que tengo bajo mis órdenes son demasiado jóvenes para esa responsabilidad

-¿Qué quieres decir con demasiado jóvenes? Replico Cappy.

-Bueno, el único a quien yo consideraría competente para ocupar el cargo sería Andrews y él apenas tiene treinta años.

-¿Treinta años eh? Pues si mal no recuerdo yo empecé a confiarte la responsabilidad de dos millones cuando apenas tenías veintiocho.

-Es cierto, pero Adrews... bueno, no hemos puesto a prueba todavía su competencia.

-¡Skinner! – interrumpió Cappy en voz resonante—no alcanzo a comprender, porque no te he despedido. ¿Dices que todavía no hemos puesto a prueba la competencia de Andrews? ¿Porque tenemos aquí gente que no sabemos lo que puede hacer? ¡Contéstame! El mundo de hoy es el mundo de la juventud y métete eso en la cabeza. El próximo representante que mandé a Shangai tendrá que ser un luchador que no se dé por vencido. Ya hemos tenido allá tres que resultaron ser un fracaso y de esos no quiero más.

Cuando Skinner salió de la oficina llegó una visita, al hallarse ante el saludo respetuosamente y dijo "Mi nombre es William E. Peck. Le agradezco mucho a usted la fineza de concederme una entrevista."

-Mirándolo con semblante severo, Cappy le dijo que tomara asiento, señalándole una silla, Cappy notó que cojeaba un poco y que el brazo izquierdo lo tenía amputado hasta el codo.

-¿Bien, que desea usted?

-He venido a que me dé usted trabajo.

-Habla usted como si tuviera la seguridad de obtenerlo.

-Ciertamente, Mister Ricks, yo sé que usted no me lo negará.

-¿Por qué?

-Peck, sonriendo en una forma que le simpatizó a Cappy, contestó: "Yo soy agente vendedor y sé que puedo vender cualquier cosa que tenga algún valor, porque lo he demostrado durante cinco años y quiero demostrárselo a usted."

-Mister Peck – dijo Cappy sonriendo – de eso no tengo duda, pero dígame ¿acaso sus defectos físicos no son un impedimento?

-No, en ningún modo. Lo que me queda de cuerpo está sano, sobre todo mi cabeza y me queda el brazo derecho. Puedo pensar y puedo escribir. ¿Estoy contratado?

-No, Mister Peck. Lo siento pero usted sabrá que yo no tomo parte activa en la administración de este negocio. A quien debe usted ver es a Mister Skinner.

-Ya vi a Mister Skinner. Pero por el modo en que me habló parece que no le simpaticé. Yo le manifesté que estaba dispuesto a aceptar cualquier ocupación.

-¿No le dio ninguna esperanza?

-No, señor.

-Bien amiguito, entonces ¿para qué viene a verme a mí?

-Porque quiero trabajar aquí. No me importa de que, con tal de que sea algo que yo pueda hacer.

-Cappy oprimió un botón en su escritorio y en un momento entró Mister Skinner lanzando una mirada hostil hacia Peck y luego otra mirada interrogativa a Cappy.

-Quiero mandar a Andrews a Shangai y quiero que le des empleo a este joven... que le des una oportunidad de demostrar lo que puede hacer. Naturalmente que le habrás de pagar a Mister Peck lo que valga y nada más.

-Muy bien Mister Ricks – dijo Skinner con cierto despecho –

-Volviéndose hacia el triunfante Peck, le amonesto diciéndole: "No crea que porque he intervenido por usted ya tiene su porvenir asegurado. Su porvenir usted mismo tendrá que labrarlo y tiene que comenzar muy pronto.

-Este diablo – dijo para sus adentros Cappy – es buena pieza, pero tiene cerebro. No me explico como Skinner, no pudo darse cuenta de ello, si ese pobre chico se sale un poco de la raya o si le brota en la cabeza una idea que quiera poner en práctica, es casi seguro que firmara su sentencia de muerte con esta gente de cerebro fosilizado.

Ya en la oficina de Skinner, el joven poniéndose de pie pregunto:

-¿Cuándo debo empezar?

-Cuando este usted listo. – Le contestó con cierta ironía.

-Apenas había salido cuando Mister Skinner se dirigió a la oficina de Cappy, antes de poder abrir la boca, le calló levantando un dedo y en voz cordial le dijo:

-Ni una palabra. Ya sé lo que me vas a decir y admito que tienes razón. Pero óyeme ¿cómo era posible rechazar a un joven que tanto empeño tiene en trabajar y que no acepto un NO como respuesta? A pesar de que no encontró aquí más que obstáculos para lograr su propósito, no se dio por vencido ni se desanimó. ¿Qué trabajo le vas a dar?

-El de Andrews, naturalmente.

-Dime Skinner, ¿no tenemos en existencia como medio millón de pies de abeto fétido? Skinner asistió y Cappy, continuando con la avidez de quien acaba de hacer un gran descubrimiento que cree causará una verdadera revolución en el mundo dijo: Mándalo a vender esa madera apestosa y un par de furgones de pinabete rojo o cualquiera otra de las maderas que casi nadie quiere ni regaladas.

-Skinner sonrió maliciosamente y dijo: convenido, pero si no vende le damos su pasaporte ¿verdad?

-Supongo que sí, aunque yo lo sentiría mucho. Por el contrario, si tiene éxito, le pagaremos el sueldo que gana Andrews. Hay que ser justos, justos en todo y con todos.

-Cuando se presentó Peck a trabajar Cappy habló con él para darle instrucciones:

-Peck, ¿acaso has llegado a vender alguna vez abeto fétido?

-Peck se mostró bastante confundido e indicando una negativa con la cabeza pregunto: ¿Qué clase de madera es esa?

El abeto de California es una madera áspera y correosa, muy pesada y que despide un olor como zorrillo cuando se corta. Creo que Skinner te va a dar lo peor que hay para empezar.

-¿Se pueden clavar clavos en ella?

-Ah, claro

-Yo puedo vender cualquier cosa sí vale el precio. Concluyó Peck con un aire de desafío y se dirigió a trabajar. Y así lo hizo, trabajó arduamente y levantó varios pedidos de madera, sus ordenados eran tantos que Skinner tuvo que pedirle que se calmara un poco en la venta de esa madera, por estárseles agotando la que tenían en existencia.

Peck envió un telegrama a Skinner y este se lo mostró a Cappy diciendo:

-No cabe duda que Peck puede vender madera; ha conseguido 5 nuevos clientes y acaba de mandar otro pedido de dos furgones de abeto fétido. Creo que tendrá que aumentarle el sueldo el primero del año.

-Óyeme, Skinner, ¿por qué diablos quieres aguantar hasta el primero del año? Ese pernicioso hábito que tienes de diferir para más tarde lo que tienes que hacer hoy, especialmente cuando se trata de soltar dinero, nos ha costado la pérdida de los servicios de más de un buen empleado. Skinner realmente me obligas a recordarte quien manda en esta empresa. Súbele el sueldo ahora mismo.

-Está bien señor – asintió Skinner – lo haré efectivo desde el día que entró a trabajar.

-Bueno; sabes, creo que voy a tener que buscar un sucesor para el puesto de Shangai y estoy seguro que Peck tiene las características de un buen administrador para la oficina de ese lugar, pero tendré que probarlo un poco más.

-Mirando a Skinner con sonrisa picaresca Cappy le dijo:

-Oye Skinner, voy a pedirle a Peck que me traiga el jarrón azul. Notifica al jefe de policía y al propietario del bazar para que no nos cueste tanto. Tú convendrás que si me entrega el jarrón azul valdrá diez mil dólares al año como nuestro gerente en Shangai.

El semipálido semblante de Skinner casi se sonrojo.

Todo estaba preparado, era domingo día que ningún negocio se encuentra abierto, a Peck le pidieron traer el jarrón azul con este argumento:

Andando yo por el centro – dijo Cappy – pase frente a una tienda en la calle Sutter, entre Stockton y Powell, donde en un escaparate vi un jarrón azul. Sucede que a una dama a quien le tengo gran estimación posee otro igual y sé que nada le agradaría más, como regalo de aniversario de matrimonio, que otro jarrón como ese. Tengo que tomar el tren a las ocho de esta noche para llegar a tiempo mañana a Santa Bárbara, donde ella vive, y podré felicitarle personalmente así como entregarle el regalo.

Muy bien – señalo Peck-- comprendo que si no lleva usted mismo el jarrón y aguardamos hasta mañana lunes a que abran la tienda no podrá llegar a tiempo a Santa Bárbara. Hágame el favor de describirme el jarrón. ¿Es azul oscuro o pálido?... ¿de qué tamaño es poco más o menos?... ¿es liso o tiene figuras?

Cappy describió el jarrón exactamente y concluyó:

Oye, Peck, el costo no será una gran cosa. Tú podrás pagarlo y mañana se lo cobrarás al cajero diciéndole que lo carguen a mi cuenta.

Peck se dirigió inmediatamente a buscar el famoso regalo. Al llegar a la calle Sutter caminó por una acera entre Stockton y Powell, y luego por la otra acera sin lograr ver el jarrón ni tienda alguna donde vendieran tal clase de artículos.

"Sin duda que Cappy se equivocó en el nombre de la calle o yo le entendí mal – se dijo Peck para sí – Voy a hablarle por teléfono para que repita la dirección."

Habló a la casa de Mister Ricks, pero la criada le informó que el señor había salido. Entonces regresó a la calle Sutter y la recorrió de nuevo sin mejor resultado que la primera vez. Luego dobló sobre una de las calles que cruzaban, caminando dos cuadras en una dirección y dos en otra, así continuo recorriendo todas las calles del barrio sin vislumbrar en ninguna parte el consabido jarrón azul.

No por eso se dio por vencido, sino que emprendió la búsqueda en otra zona comercial y como último recurso, se dirigió a una cuadra aislada de la calle Post donde, recordó que existían dos o tres pequeñas tiendas. Al llegar a la última de ellas, notó en un escaparate el jarrón que correspondía a la descripción de Cappy.

Trató de abrir la puerta pero estaba cerrada con llave como ya suponía. De todos modos, golpeó con fuerza por si acaso hubiera alguien dentro que pudiera abrirle, pero sin resultado, entonces, levantando la vista, vio, en la fachada un letrero que decía:

"BROWNES ART SHOP"

Sin pérdida de tiempo se dirigió al hotel más cercano donde echando mano de una guía telefónica, encontró 19 personas inscritas con el apellido BROWNE. Entonces pidió en la oficina del hotel un directorio de los hablantes de la ciudad, en el cual halló el nombre de B. Browne como propietario de un bazar de objetos de arte, pero no daba la dirección de su domicilio particular.

Peck volvió al bazar y mirando nuevamente el letrero, notó que el apellido del dueño no era "BROWNE" sino "BROWN". Hizo cambiar un billete de 20 dólares en monedas pequeñas, se dirigió al teléfono, y empezó a llamar a cuantas personas de nombre B. Brown había registradas. Al cabo de muchas llamadas, dio con la residencia del tal Mister Brown exacto que buscaba, pero tan solo para que un sirviente le informara que su amo había ido a comer a la casa de un tal Mister Simón en la vecina población Mill Valley.

Peck llamo a la casa del mencionado Simon, hizo que le pasaran a Mister Brown y él explico que quería comprar el jarrón azul que se encontraba en su tienda, teniendo como respuesta lo siguiente:

¡Qué demonios!... ¿Me está tomando el pelo o supone que estoy loco? ¿Sabe usted lo que vale ese jarrón?

No – respondió Peck – ni me importa... yo lo quiero, cueste lo que cueste. Ese jarrón azul tengo que llevármelo hoy.

Bien, si no puede usted aguardar, llame a Mister Herman Joost, mi encargado, que vive en Chilton Apartments. Dígale de mi parte que vaya enseguida a abrir el bazar y que le venda el jarrón. Adiós.

Peck llamo inmediatamente al número que Mister Brown le dio, el cauteloso Joost contestó que primero tendría que hablar por teléfono con Mister Brown para confirmarlo y que si era verdad, él estaría en el bazar antes de la nueve.

Joost se presentó con un policía que por precaución había pedido que lo acompañara. Abrió la tienda y dio el jarrón azul a Peck.

¿Cuánto vale? – preguntó Peck

Dos mil dólares

¡Dos mil dólares! – exclamo con una voz y un semblante de desesperación -- ¿acepta usted un cheque personal?

Yo no lo conozco a usted – respondió Joost

Peck, llamó enseguida a la casa Mister Ricks, sabiendo que allí residía su yerno, el capitán Peal ley, quien le escuchó con bastante amabilidad.

Peck, es casi increíble que te hayan asignado a una misión semejante; -- dijo el capitán – Sigue mi consejo y olvídate del jarrón azul.

No puedo – replico Peck – Cappy se sentirá muy contrariado si no le entrego el jarrón. Él se ha portado conmigo de manera espléndida y considero un deber ineludible cumplir con este deseo suyo.

Pero ya es muy tarde para entregárselo Peck, se fue en el tren de las 8 y ya son las nueve y media.

Lo sé. Pero si puedo conseguir el jarrón yo se lo puedo entregar antes de que baje del tren en Santa Bárbara a las 6 de la mañana.

¿Cómo?

Aquí en el aeropuerto tengo un amigo que con gusto me llevará en su avión hasta ese lugar.

¡Estás loco!

Lo sé, pero por favor préstame dos mil dólares

¿Para qué?

Para comprar el jarrón azul.

No Peck, vete a tu casa a dormir y olvídate del maldito jarrón.

¡Por favor Capitán Peal ley! A usted le pueden cambiar un cheque porque lo conocen bien a mí no; además hoy es domingo.

Bueno – interrumpió Mister Joost -- ¿vamos a estar aquí toda la noche?

¿Es usted conocedor de diamantes? – Dijo Peck –

Sí –Contesto Joost.

¿Cuánto cree que valga este anillo?

Joost lo miró con no mal disimulada admiración y dijo que bien valdría dos mil quinientos dólares.

Se lo dejo en prenda, – se apresuró a decir Peck – Deme un recibo y cuando haya cobrado usted mi cheque vendré a recuperarlo.

Quince minutos después, con el jarrón cuidadosamente empacado, Peck se dirigió al aeropuerto donde se encontraba su amigo aviador y a media noche ambos se perdían en las nubes rumbo al sur con el paquete.

Hora y media más tarde aterrizaron en el Valle de Salinas, cerca de la vía del ferrocarril, Peck descendió y corrió hacia la vía férrea con un periódico en la mano y momentos después, cuando vio que el tren en que venía Cappy se aproximaba, hizo del periódico una antorcha y empezó a hacer señales con ella en medio de la vía. El tren se detuvo, el conductor abrió la puerta de uno de sus coches para averiguar lo que pasaba y Peck se metió de un salto.

¿Quién diablos es usted? – Preguntó el conductor -- ¿por qué paró el tren?

Porque tengo urgencia de ver a un pasajero que viene en este tren, en la sección A del coche Siete. Yo le pagaré mi pasaje.

Hubo que tocar el timbre varias veces para despertar a Cappy quien al fin abrió la puerta, en su bata de noche. Cappy miraba a Peck con ojos azorados, como si lo creyera loco. Luego se echó a reír, le hizo tomar asiento, y empezó a referirle que todas las dificultades con que tropezó habían sido planeadas, desde la dirección equivocada del bazar hasta el precio del jarrón, pues en realidad solo valía $10.00 dólares.

Cappy pasó cariñosamente la mano por la cabeza de Peck y le dijo:

Mi querido Peck, bien sé que lo que hice fue cruel, pero tengo que confiarte un puesto de tal importancia, que necesitaba ponerte a prueba para estar seguro de que podrás desempeñarlo. Por eso te confié la tarea más ardua que doy a los que necesito para los cargos que requieren hombres que nunca se dan por vencidos. Ahora sabes, que saldrás de este tren con un puesto de diez mil dólares al año como gerente de nuestra oficina en Shangai.